

1

La evolución de los partidos políticos

Los partidos políticos son una realidad histórica bastante reciente. Su aparición se encuentra ligada al surgimiento de la democracia moderna. Ello no significa, sin embargo, que con anterioridad no hayan existido pugnas y enfrentamientos entre unos y otros grupos sociales. En la Grecia clásica se dieron divisiones entre los seguidores de unas y otras escuelas y unos y otros personajes de relieve, al igual que en Roma, en donde los enfrentamientos entre patricios y plebeyos llegaron a alcanzar una significativa intensidad. De igual manera, la historia nos ilustra sobre los enfrentamientos de las facciones que surgieron en la Edad Media en Alemania a la muerte del emperador Enrique V (guelfos y gibelinos), o los grupos políticamente organizados de las repúblicas italianas del Renacimiento, o de la Inglaterra del siglo XVII (niveladores, cavadores, etc.), por no mencionar los famosos clubs que aparecieron al calor de la Revolución Francesa (los girondinos, los jacobinos, los iguales, etc.).

También en España tenemos antecedentes de este tipo, con las actuaciones de las facciones cortesanas. Incluso Felipe II se alegraba de que sus «ministros» —Ruy Gómez da Silva y el duque de Alba, por ejemplo— no se llevaran bien, pues así estaba mejor informado, escuchando a uno hablar mal del otro. En el siglo XVIII, las facciones llegaron más perfiladas, siendo usual calificarlas ya de partidos. Hubo un «partido de los vizcaínos», gentes del País Vasco, Cantabria, Navarra,

la Rioja, a los que los nobles despreciaban, y que coparon los puestos políticos de primera línea con Felipe V. Destacaron el marqués de Villarías, Arizaga, Ustáriz, los Goyeneche e, incluso, el marqués de la Ensenada, que entró al servicio del Rey como vizcaíno, logrando articular un formidable «partido», más odiado aún si cabe por los Grandes, que al final le hicieron caer en 1754. El «partido» *ensenadista* era apoyado por ministros como Esquilache y Grimaldi, y por los jesuitas. El «partido» contrario, el de los *castizos*, el *partido aragonés*, el que lideraba el conde de Aranda, logró imponer a los grandes ministros reformistas. Pero al final del reinado de Carlos III, los dos principales partidos —nobles y golillas— se encontraron con un rey que no quiso mantener el juego y se entregó a Godoy, que solo era del «partido del rey», pensando Carlos IV que era lo más seguro.

Así pues, la presencia política de partidos, y su competencia, también tiene antecedentes en España. Incluso durante la etapa de su prohibición —y persecución— en el franquismo, en la Corte del dictador no dejó de existir una soterrada lucha entre facciones. Ya antes de la Revolución Francesa, la política consistía en ponderar opciones, que estaban representadas por distintas maneras de pensar y de actuar. Rousseau reconoció en sus *Confesiones*: «Me di cuenta de que todo dependía de la Política», y así era. Los españoles también se dieron cuenta de que no era lo mismo un «partido de plebeyos» formado en torno a Patiño, Ensenada, Campomanes o Floridablanca, que un «partido de los Grandes», liderado por el duque de Alba, el conde de Aranda o el duque del Infantado. Esto es lo que se dirimió en la larga revolución burguesa española, entre 1808 y 1837 —que aún pudiéramos alargar hasta 1868—, pues la Constitución de 1812 y las Cortes fueron el origen de la presencia pública reconocida de lo que, desde entonces, es el nervio nucleador de la sociedad: los partidos políticos. Doceañistas, realistas, progresistas, demócratas, carlistas, republicanos, sagastinos, canovistas, socialistas, liberales, conservadores, comunistas, monárquicos... Así se ha ido tejiendo la historia, con tales mimbres, es decir, con los partidos políticos¹.

¹ Véase, en este sentido, José Luis Gómez Urdáñez, *El marqués de la Ensenada. El secretario de todo Madrid*, Madrid, Punto de Vista Editores, 2017.

Pero en ninguno de estos casos se trataba propiamente de partidos políticos en el sentido moderno de la expresión, sino de camarillas, facciones, grupos de presión e interés, semisectas, grupos de pensamiento o clubs orientados hacia finalidades diversas. Por ello, pudo resaltar en 1950 Duverger que «los verdaderos partidos datan de hace apenas un siglo. En 1850 —recuerda— ningún país del mundo... conocía partidos políticos en el sentido moderno de la palabra: había tendencias de opiniones, clubs populares, asociaciones de pensamiento, grupos parlamentarios, pero no partidos propiamente dichos»².

Los partidos políticos, pues, son una realidad política asociada indivorciablemente a la democracia moderna, al sufragio universal, al parlamentarismo y al pluralismo social e ideológico de las sociedades de nuestro tiempo.

Hasta el surgimiento de la democracia moderna, todos estos grupos, clubs o facciones fueron valorados generalmente de una manera negativa, como elementos de división y lucha que socavaban las bases de la convivencia y atentaban contra la estabilidad y la prosperidad de los sistemas políticos. En realidad, estos grupos, o bien pugnaban contra las monarquías y los poderes establecidos, o bien pugnaban entre sí —generalmente por medios violentos— para hacerse con el poder.

En tales casos faltaba, sin embargo, una noción de respeto al pluralismo ideológico y se carecía de procedimientos racionales y civilizados adecuados para dirimir las diferencias políticas (como el sufragio universal, o el sistema parlamentario moderno, etc.).

La literatura política de los siglos XVIII y XIX está plagada de argumentaciones críticas contra las «facciones». Incluso los *padres* de la revolución americana y los *ilustrados* de la Revolución Francesa mantenían la necesidad de la «unanimidad», para preservar la revolución —el interés general— del «espíritu de facción», según decían.

El primero que defendió claramente y de manera positiva la idea de los partidos políticos en el sentido moderno de la expresión —«en la noble lucha por el poder»— fue Edmund Burke en 1770. A él le corresponde la primera definición de partido político: «un partido —dijo— es un grupo de hombres unidos para fomentar, mediante sus

² Maurice Duverger, *Los partidos políticos*, México, FCE, 1957, pág. 15. Primera edición en francés de 1951.

esfuerzos conjuntos, el interés nacional, basándose en algún principio determinado en el que todos sus miembros están de acuerdo». Y añadía: «toda comunidad de creencias políticas que sea honesta considerará como su fin primordial aplicar los métodos que resulten adecuados para que los hombres de su medio y de sus convicciones tengan oportunidad de realizar los planes comunes, con ayuda de todo el poder y autoridad del Estado»³.

Pero la idea de Burke distaba mucho en su momento de encontrarse reflejada en una realidad concreta. Tal tipo de partidos políticos aún no existían y sería necesario que transcurriera casi un siglo para que llegaran a existir. Lo importante de su propuesta, lo verdaderamente innovador, era la superación de la idea negativa con la que entonces se consideraba toda perspectiva de división política. Con Burke se empieza a superar la escisión entre la idea peyorativa de *facción*, como un grupo «consagrado a sí mismo», y la noción legítima de partido, como *una parte de la ciudadanía que intenta «trabajar» por los intereses generales —del todo— de acuerdo a una concepción específica de la política*. Es decir, con un proyecto concreto.

1. PROTO-PARTIDOS Y PARTIDOS POLÍTICOS MODERNOS

Uno de los más prestigiosos estudiosos de los partidos políticos —Giovanni Sartori— se ha referido a los primeros antecedentes de los partidos en el siglo XVIII como «proto-partidos», es decir, como núcleos políticos con cierto grado de organización, cuyo desarrollo dio lugar ulteriormente al surgimiento de verdaderos partidos políticos.

Estos núcleos organizados aparecen inicialmente en sus formas más pujantes como movimientos de abajo-arriba. Es decir, con la pretensión de hacer llegar a las autoridades los sentimientos, las necesidades y las demandas de determinados sectores del pueblo. Generalmente, se trataba de movimientos de resistencia contra la amplitud de poderes que

³ Edmund Burke, «Partidos y representación» (de «Thoughts on the Cause of the Present Discontent»), en Kurt Lenk y Franz Neumann (eds.), *Teoría y sociología crítica de los partidos políticos*, Anagrama, 1980, pág. 82.

tenían las monarquías europeas, orientados a lograr nuevos equilibrios políticos. Lo que dio lugar a que los primeros alineamientos políticos enfrentados y movilizados en los proto-partidos se produjeran precisamente entre los «hombres del rey», que defendían la estructura de los poderes tradicionales, y entre los «representantes del pueblo», que querían mayores cuotas de participación y responsabilidad.

Probablemente, los dos nucleamientos más típicos de esta dirección fueron los que desde el siglo XVIII fueron conocidos en Inglaterra como *whigs* y *tories*, expresiones con las que todavía se denomina familiarmente a los liberales y conservadores británicos, respectivamente.

Los criterios y principios que defendían en mayor grado los *whigs* eran la de libertad política y la tolerancia religiosa. Entendían que «el Estado y la Iglesia debían estar separados. Defendían con firmeza la independencia y los derechos tradicionales del Parlamento. Los *tories*, por el contrario, propugnaban atenerse a los preceptos divinos, la no resistencia al poder, la obediencia pasiva y las prerrogativas regladas»⁴.

A partir de la *Revolución Gloriosa*, sin embargo, el Parlamento inglés fue adquiriendo mayores competencias políticas efectivas, y la confrontación entre *whigs* y *tories* empezó a producirse en términos programáticos de signo diferente.

El camino que condujo a grupos como los *whigs* y *tories* a convertirse en verdaderos partidos políticos exigió dos cambios fundamentales: primero fue necesario superar la prevención contra toda forma de división política. Fue necesaria una transición de la noción de *facción* a la del *partido*, sobre la base de un proceso paralelo de transición de la «intolerancia a la tolerancia, de la tolerancia al disenso y con el disenso a creer en la diversidad... Los partidos —como recuerda Sartori— llegaron a ser aceptados —de forma subconsciente e incluso casi con una enorme renuencia— al comprenderse que la diversidad y el disenso no son necesariamente incompatibles con —ni perturbadores de— el orden político»⁵.

El recuerdo de las guerras religiosas y los conflictos civiles que asolaron los países europeos durante tantos años fueron, sin duda, un impor-

⁴ Kurt Lenk y Franz Neumann (eds.), ob.cit., pág. 15.

⁵ Giovanni Sartori, *Partidos y sistemas de Partidos*, Madrid, Alianza Editorial, 1980, pág. 35. Primera edición de 1976.

tante inconveniente que pesó en la conciencia colectiva de los pueblos, de una forma, además, que fue alentada por los grupos poderosos, que no querían perder sus abusivos privilegios. Por ello, la misma expresión de «partido» (del latín *partire*) surge como un intento de diferenciarse del concepto de *facción*. En este sentido, la noción de «partido» se entiende como un concepto más «flexible y suavizado» que no hace referencia solo a la idea de «parte», sino también —y esto es muy importante— al criterio de «participar», de «compartir».

En segundo lugar, para que surgieran los partidos políticos modernos fue necesario que se implantase el *sufragio universal* y que los *parlamentos* asumieran competencias políticas más efectivas.

El desarrollo del derecho de *sufragio* hasta llegar al sufragio universal fue un proceso lento y difícil. A finales del siglo XVII en Inglaterra, por ejemplo, solo tenían derecho al voto 400.000 personas. Es decir, aquellas que poseían unas propiedades y una formación que las hacía merecedoras de tal derecho, según la interpretación de la época.

Hasta llegar al sufragio universal de nuestros días fue necesario superar muchas resistencias y dificultades, y no solo en países como España, en el que solo recientemente se conquistó el derecho al voto libre, sino en muchos otros lugares en los que el voto de los trabajadores, de las mujeres y de los más jóvenes fueron conquistas que no se lograron hasta tiempos recientes, y como resultado de presiones y luchas constantes.

De igual manera, el afianzamiento del poder de los *Parlamentos* frente al poder real, y la asunción del criterio del *gobierno* elegido por el pueblo, fue el resultado de procesos políticos largos y no siempre fáciles. Pero, a medida que los representantes electos del pueblo reunidos en el Parlamento fueron ganando competencias y, a medida que los gobiernos fueron elegidos a partir del sufragio, fue necesario dar una consistencia más estable y mejor organizada a los *agrupamientos parlamentarios*, a los *comités electorales*, a los procedimientos de reclutamiento y selección de candidatos, etc. Es decir, a partir de estos cambios asociados al desarrollo de la democracia, fue planteándose la *necesidad* de los partidos políticos, como una pieza imprescindible de los nuevos sistemas políticos: una pieza a través de la que se organizaba la opinión pública, para plasmarse democráticamente mediante elecciones en los órganos e *instituciones* básicas que representaban la voluntad popular. Es decir, en el *Parlamento*, como Poder Legislativo, en el *Gobierno*,

como Poder Ejecutivo, y también en el *Poder Judicial*, que en algunas tradiciones políticas es resultado de procesos de elección.

En definitiva, el desarrollo de los partidos políticos ha sido un proceso progresivo y no siempre fácil, que contó con la oposición de los grupos poderosos tradicionales, y a cuya formalización final se ha llegado de la mano del propio afianzamiento de la democracia moderna.

Para hacernos una idea precisa de la inmediatez de este proceso hay que tener en cuenta que los partidos políticos no han sido objeto de un tratamiento constitucional expreso prácticamente hasta los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, en la estela de las propias reacciones democráticas contra la dura afrenta autoritaria que supuso el fascismo y el stalinismo, y de la mano de las ideas de Marshall y tantos otros sobre la evolución de la ciudadanía a través de diferentes etapas y fases.

En la corta historia de los partidos políticos tenemos ejemplos muy diversos de diferentes grupos y sectores que han impulsado, o intentado propiciar, partidos políticos concretos: a) como las *organizaciones religiosas*, cuyo caso más típico es el de los partidos demócrata-cristianos, apoyados por la Iglesia y algunas organizaciones cristianas. Y, también, más recientemente, los partidos islamistas; b) como los *sindicatos*, como ocurrió en la mayor parte de los partidos de raíz obrera. En algunos, como en el Partido Laborista británico, los sindicatos aún operan como núcleo importante de sustentación del partido. En otros casos, los partidos socialistas se desarrollaron en paralelo a sindicatos de inspiración socialista, apoyándose mutuamente desde una posición de cierta autonomía. Este es el modelo, por ejemplo, del Partido Socialista Sueco, y también, hasta hace algunos años, el del PSOE y la UGT, que evolucionaron hacia una situación de recíproca autonomía; c) también pueden surgir partidos a partir de *grupos de pensamiento*, como ocurrió con algunos partidos liberales y progresistas, en los que jugaron un papel muy importante determinados núcleos de pensadores, filósofos, profesores, escritores, etc. También fue muy apreciable, por ejemplo, la influencia en el laboralismo británico de la *Sociedad Fabiana*, que agrupó a intelectuales reputados como Bernard Shaw, Edmund Pease, Sydney Olivier, Sydney Webb, H.G. Wells, etc.; d) en esta perspectiva, tampoco hay que olvidar a los *partidos políticos fundados por grupos de interés sectorial*, como es el caso de los partidos nucleados en torno a una sensibilidad específica por algún problema u objetivo concreto, como

ocurre con los partidos verdes o ecologistas, pudiendo situarse también en este bloque las formaciones políticas feministas, los grupos de identidad étnica, nacional, racial, etc.; e) igualmente, tenemos también los *partidos fundados por «agrupaciones de combatientes» y agrupaciones clandestinas*: Duverger ha llamado la atención sobre el papel que jugaron en los movimientos fascistas —especialmente en el nacionalsocialismo alemán— las organizaciones de excombatientes y grupos paramilitares. Conexiones similares también se pueden encontrar en otros partidos de extrema derecha.

Estos grupos de referencia, evidentemente, no agotan todas las posibilidades. A veces son varios los grupos de base que están presentes en los orígenes de un partido político. En otros casos, las raíces de los partidos se encuentran en instancias de carácter territorial, como es el caso de un buen número de partidos nacionalistas de distinto signo, que actualmente tienen un eco apreciable en distintos países europeos, sin olvidar tampoco a los partidos nucleados en torno a alguna personalidad política destacada.

Los partidos políticos, pues, hunden sus raíces en instancias muy diversas. Pero no todos los partidos políticos llegan a tener el eco y los apoyos suficientes como para convertirse en opciones virtuales de gobierno. Algunos partidos han recorrido largos caminos hasta afianzarse organizativamente y poder contar con apoyos electorales importantes; otros se han extinguido al poco tiempo, por no encontrar un clima de apoyo adecuado, o unas condiciones políticas propicias. Otros se han estancado en su crecimiento, a causa de lo limitado o parcial de sus objetivos, o de los intereses sectoriales que defienden.

1.1. *Los modelos de partido y su dinámica histórica*

En la medida que los partidos políticos son realidades históricas y, por lo tanto, dinámicas, hay que ser conscientes de que los modelos de partido se transforman con el curso del tiempo, al compás de la propia evolución de las sociedades y de las orientaciones de la opinión pública.

La historia reciente muestra una clara línea de evolución de los modelos de partido, según se ha ido afianzando y perfeccionando la democracia y según han ido cambiando las circunstancias políticas, econó-

micas, sociales y culturales, así como las demandas ciudadanas (Véase cuadro 1.1).

Las grandes etapas de dicho proceso de transformación permiten identificar, al menos, tres grandes modelos-tipo de partido, que se corresponden con tres períodos históricos concretos:

El primero es el *partido de cuadros o notables*: se trata del modelo de partido que se corresponde con las primeras etapas de desarrollo de la democracia. Este tipo de partido surgió en sociedades industriales incipientes y/o limitadas, en las que la población agraria tenía un gran peso y en las que solo un número reducido de ciudadanos tenía reconocido el derecho al voto: los que alcanzaban el nivel de educación o de propiedades que se exigía para conferir dicho derecho (sistema de sufragio censitario). En este tipo de partidos, la base de afiliación era bastante reducida, limitándose por lo general a determinados círculos y comités de «notables» (profesionales, empresarios, líderes locales de opinión, etc.), con su correspondiente estructura electoral-clientelar. Todo esto dio lugar a que los partidos de notables, o de cuadros, aparecieran en su proyección pública como formaciones políticas propias de los «grupos de poder» y «de los sectores más acomodados de la sociedad», cuya base se sustenta fundamentalmente en su capacidad para utilizar la riqueza y las «influencias» en la movilización de apoyos electorales.

Paradójicamente, algunos de los sectores y núcleos de poder de la sociedad que inicialmente se habían opuesto al reconocimiento de los partidos políticos, cuando la realidad de estos se hizo inevitable, se acabaron organizando y proyectando públicamente como partidos de cuadros, con fuertes componentes conservadores y tradicionalistas.

El segundo gran modelo es el *partido de masas*, que fue una de las aportaciones más destacadas de la democracia moderna. Este modelo se basaba —y aún se basa— en una amplia implicación de afiliados y en un desarrollo de funciones y tareas mucho más amplia y diversa que los partidos de cuadros. La capacidad de influencia de estos partidos no estaba en el dinero, ni en los círculos del «poder previamente establecido», sino en el número, en la capacidad de implicación y de movilización social. Los partidos de masas han sido los partidos típicos de las sociedades industriales, y su desarrollo corrió paralelo a la conquista del sufragio universal y al afianzamiento del movimiento obrero.

Aunque este tipo de partidos apareció muy ligado inicialmente al propio socialismo, con el curso del tiempo tal modelo de organización acabó siendo imitado primero por los fascismos y luego por los movimientos «populares», especialmente por algunos partidos demócrata-cristianos.

Uno de los rasgos específicos de este modelo de partido es el carácter bastante formalizado del encuadramiento de los afiliados y su pretensión de cubrir —y prestar— funciones bastante amplias (políticas, ideológicas, formativas, informativas, de protección y amparo social, recreativas, culturales, etc.)

Lógicamente, el modelo de partido de masas ha ido evolucionando y flexibilizándose con el paso del tiempo, abandonando también parte de la antigua jerga típica de «inspiración militar», que se llegó a imponer en los momentos más álgidos de la lucha de clases. De hecho, los mismos conceptos de «militante» o «militancia» y de «estrategia», así como algunas nociones jerárquicas de «disciplina», tienen su origen precisamente en esta influencia castrense.

El tercer gran modelo —aún tentativo y en curso— podría ser calificado como el *partido democrático de participación* o como *partido ciudadano de participación*. Se trata de un tipo de partido que básicamente opera como un espacio abierto para la implicación y la participación democrática activa, y que no se corresponde todavía con un paradigma completamente perfilado y contrastado en la práctica, sino con diversas tendencias recientes de evolución de los partidos de masas progresistas, en los que se está produciendo un mayor grado de sectorialización, de difusión del poder (con más participación) y de implicaciones sociales más abiertas. La fase actual de evolución en la que se encuentran algunos grandes partidos socialdemócratas europeos responde a los nuevos datos de una realidad política y social en la que inciden distintos criterios de motivación política, y en la que se suscitan nuevas necesidades de acción y participación de cara a grupos y sectores más plurales y complejos. De ahí la importancia que adquiere, en las complejas sociedades del siglo XXI, la capacidad para agregar intereses y para formular propuestas globales integradas.

Las exigencias de agregación y las tendencias de globalización se encuentran con el reto adicional que supone la necesidad de avanzar hacia fórmulas políticas de organización supranacional, especialmente

LA EVOLUCIÓN DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS

CUADRO 1.1.—Evolución de los modelos de partidos

Modelo de partido	Tipo de sociedad	Período histórico	Rasgos sociológicos	Tipo de régimen político/ forma de democracia	Características	Funciones más importantes	Elementos más influyentes
Partido de cuadros o de notables	<ul style="list-style-type: none"> • Primeras etapas de la Revolución Industrial. • Sociedades preindustriales o industriales incipientes. 	<ul style="list-style-type: none"> • Siglo XIX 	<ul style="list-style-type: none"> • Notable peso agrario. • Gremios y primeros núcleos de la clase obrera. • Sociedades en transición con inercias tradicionalistas. 	<ul style="list-style-type: none"> • Democracia censitaria (derecho de voto limitado por sexo, ingresos, educación, etc.). 	<ul style="list-style-type: none"> • Partidos pequeños de ilustres, basados en redes de notables locales y organizados piramidalmente en torno a un centro de poder. 	<ul style="list-style-type: none"> • Regular el acceso a las funciones políticas. 	<ul style="list-style-type: none"> • Grupos económicos.
Partido de masas.	<ul style="list-style-type: none"> • Sociedades industriales. 	<ul style="list-style-type: none"> • Inicios del siglo XX (momento álgido: segundo cuarto de siglo). 	<ul style="list-style-type: none"> • Bipolarización de clases y antagonismos sociales. • Eclodones nacionalistas. • Sociedad de masas. 	<ul style="list-style-type: none"> • Democracia representativa de masas. • Sufragio universal. 	<ul style="list-style-type: none"> • Partidos de afiliados en grandes proporciones («el poder del número») • Definición bastante homogénea de intereses y de sujetos políticos. 	<ul style="list-style-type: none"> • Muchas funciones: movilizar grandes sectores de población en pro de políticas alternativas, competir políticamente por conquistar el poder o parcelas de poder, formar, informar, etc., a sus afiliados, proteger y defender los intereses de sus afiliados (seguros, economatos, etc.). 	<ul style="list-style-type: none"> • Clases sociales. • Ideologías (notable influencia del marxismo). • «Aparatos políticos».

CUADRO 1.1. (cont.)—Evolución de los modelos de partidos

Modelo de partido	Tipo de sociedad	Período histórico	Rasgos sociológicos	Tipo de régimen político/forma de democracia	Características	Funciones más importantes	Elementos más influyentes
Partido democrático de participación.	<ul style="list-style-type: none"> Sociedades post-industriales. Sociedades tecnológicas avanzadas. 	<ul style="list-style-type: none"> Finales del siglo XX. Siglo XXI. 	<ul style="list-style-type: none"> Ciclo de grandes cambios tecnológicos (robotización, informatización, etc.). Cambios económicos y sociales: nuevos sujetos económicos (transnacionales), políticos (nuevos movimientos sociales) y grupos sociales (infraclases, excluidos, etc.). 	<ul style="list-style-type: none"> Democracia social. Democracia participativa. 	<ul style="list-style-type: none"> Partidos de masas adaptados (con mayor sectorialización, con más difusión del poder, nuevas formas de afiliación y de participación) Integración de dimensiones nacionales y supranacionales (como nuevo ámbito de actuación práctica). Mayor esfuerzo de agregación de intereses heterogéneos. 	<ul style="list-style-type: none"> Gestión política en las esferas municipales, regionales, nacionales y supranacionales. Cauce de participación. Hacer más permeable lo público y lo privado (micropolítica). Profundizar la democracia. 	<ul style="list-style-type: none"> Empresas supranacionales. Industrias culturales y de comunicación. Sectores de interés, clases sociales, infraclases y sectores excluidos.

Fuente: José Félix Tezanos, *Sociología de los partidos políticos*, Unidad Temática núm. 11, Madrid, Fundación Jaime Vera, 1993.

en contextos como el europeo, en el que el grado de desarrollo de las instituciones políticas comunitarias no ha corrido paralelo al desarrollo de verdaderos partidos europeos supranacionales que operen como algo más que una confederación de organizaciones. Lo que suscita la necesidad de abrir un nuevo frente organizativo de encuadramiento y de trabajo en los nuevos modelos de partido que tienen que emerger y que deben ir más allá de un simple esquema confederativo por arriba.

Otro reto importante que se plantea a los nuevos modelos de partido es cómo desarrollar mecanismos de participación social y de movilización intermedios, más allá de los actuales procedimientos de afiliación formalizados. Este reto adquiere un especial relieve en momentos como los actuales, en los que en los partidos tradicionales se está viviendo una contradicción, por un lado, entre una tendencia a la desmovilización política, que en ciertos países ha llegado a traducirse incluso en descensos muy notables de las tasas de afiliación a los partidos políticos; y, por otro lado, una necesidad de un mayor esfuerzo de comunicación política y de propaganda personalizada («cara a cara») y en las redes, por ejemplo, a partir de los *Big Data*, en un período en el que cada vez es mayor la competencia política y la dificultad para obtener mayorías electorales. Un período también en el que los mensajes y propuestas políticas requieren mayores dosis de explicación, de interconexión y de «corresponsabilización».

Para superar esta contradicción, los partidos políticos tienen que ser capaces de «llegar» regularmente a un mayor número de ciudadanos, y para ello tienen que contar, a su vez, con una mayor base de afiliación y/o de contactos en la red, de personas con disposición a participar e implicarse en dicho trabajo de explicación y comunicación.

En su conjunto, podemos decir que algunos de los grandes retos y objetivos de desarrollo de los partidos progresistas y democráticos de nuestros días se relacionan con el trabajo sectorializado, la atención a las *motivaciones e intereses específicos de los afiliados*, el desarrollo de *nuevas fórmulas de participación política*, el *trabajo primordial en grupos primarios* en los que existe una relación más personalizada y directa, una *mayor atención a los problemas cotidianos* de los ciudadanos (micropolítica), y una *comunicación política más personalizada* y más ágil (básicamente a través de las redes).

Algunas de estas exigencias están siendo tenidas en cuenta también por determinadas organizaciones políticas «nuevas» que intentan capitalizar las posibilidades tecnológicas e informacionales y las nuevas demandas ciudadanas para organizar partidos que se estructuran básicamente en red, con carácter bastante flexible y poco formalizado en la base. En ciertos casos, algunas de estas organizaciones juegan con posibilidades más aparentes de participación y comunicación a través de las redes, pero con pocas exigencias formales contrastables y con menos garantías efectivas (sin cuotas de pertenencia y sin controles de inscripción). Se trata de organizaciones que intentan nuclearse en torno a líderes jóvenes de alta proyección mediática y que operan con un escaso nivel de intermediación. Tales partidos pueden tener éxitos y buenos rendimientos electorales iniciales, precisamente por el carácter poco estructurado de su organización, en la que de facto suelen imponerse unas élites por arriba, que apenas son objeto de control. Pero que pueden convertirse en bastante vulnerables si surgen desavenencias y divisiones importantes entre ellas.

Lógicamente, los tres grandes modelos de partido aquí referidos —y sus correspondientes subtipos— no recogen todas las variedades posibles que presentan los partidos políticos en nuestro tiempo. Así, junto a la subvariable del modelo de partido «populista» que analizaremos con detalle más adelante, es preciso tener en cuenta también lo siguientes tipos de partido:

El modelo —o rasgo propio— del *partido recogelotodo* (*catch-all-party*), o partido que aspira a representar a «todo el pueblo»⁶. Tendencia —o pretensión— que en realidad cada vez se hace más presente en casi todos los partidos.

Los modelos de *partidos radicales* y *partidos verdes* (a caballo entre lo que son los partidos políticos y los «Nuevos Movimientos Sociales»)⁷.

Las *ligas* y/o los *partidos y movimientos ad hoc*, que operan básicamente como «máquinas de propaganda y agitación» con algún objetivo concreto, etc.

⁶ Véase Otto Kirchheimer, «El camino hacia el partido de todo el mundo», en K. Lenk y F. Newman (editores), *Teoría y Sociología de los Partidos Políticos*, Barcelona, Anagrama, 1980, págs. 328-347.

⁷ Véase, en este sentido, Claus Offe, *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, Madrid, Editorial Sistema, 1992.

Los *partidos personalizados y los movimientos ad hoc* de carácter personal, que se organizan en torno a algún personaje concreto, generalmente grandes magnates que suelen entender y estructurar «su» partido o «su» plataforma electoral como una empresa más, a la que contribuyen con parte de su fortuna personal. Los casos de Berlusconi y Trump, aunque diferentes entre sí, son bastante paradigmáticos en este sentido. Así como, en cierto modo, los de algunos líderes del Este europeo, apoyados por grupos de oligarcas y por círculos provenientes de los antiguos aparatos del Estado. Tanto en unos casos como en otros, lo que está muy claro en este tipo de partidos es *quién es el jefe*.

Especial significación histórica ha tenido el *modelo de partido bolchevique*, inspirado por Lenin, como una especie de híbrido entre el modelo de partido socialista de masas y el partido de cuadros, al que se añadía un fuerte componente jerarquizante y militarizado. Este modelo de partido se basa en unidades organizativas primarias con un fuerte grado de encuadramiento y compromiso activo (las *células*) y en una concentración enorme del poder en un *Comité Central*, que configura y controla prácticamente todas las relaciones de poder de arriba-abajo (el llamado «centralismo democrático»). El colapso del comunismo en Rusia y su área de influencia vino a suscitar hasta qué punto es posible la subsistencia de partidos de este carácter sin los «aprovisionamientos» y la tutela virtual de un Estado tan fuertemente centralizado y autoritario como la URSS. No obstante, residuos importantes de este modelo de partido aún persisten, aunque con cierto disimulo y adaptación, en determinados partidos populistas de izquierda radical.

Los estudiosos de los partidos políticos han propuesto también muchas otras tipologías y criterios de clasificación, atendiendo por ejemplo a su orientación general (*partidos aristocráticos y partidos democráticos*, según Tocqueville), a sus finalidades (*partidos de patronato, partidos de clase y partidos doctrinales*, según Max Weber), al tipo de afiliación (de *afiliación directa* y de *afiliación indirecta* —como el Partido Laborista inglés, al que pueden afiliarse también Uniones Sindicales al completo—, o de *afiliación abierta* y de *afiliación formalizada*, en la que se exigen determinados requisitos, e incluso avales personales para lograr la afiliación, etc.

Las variaciones que es posible encontrar en los partidos políticos son muy amplias tanto desde el punto de vista de sus orientaciones como de

su organización. Una cierta idea de esta diversidad la proporcionan, por ejemplo, las distintas formas de entender la pertenencia a un partido político, cuyos casos extremos pueden estar, por un lado, en el modelo de *partido leninista*, con un tipo de encuadramiento rígido y bastante absorbente de tipo militar, o/y las modalidades de pertenencia «difusa», cíclica y de bajo perfil ideológico que se suelen dar en partidos como los norteamericanos (*Partido Demócrata* y *Partido Republicano*).

En definitiva, los distintos modelos de partido se explican en gran medida a partir de las particulares circunstancias específicas de cada época histórica y de cada contexto social ya que, como venimos recordando, los partidos políticos surgen y operan en contextos sociales y políticos concretos. Si se ajustan bien a las necesidades y demandas sociales de la época, y cumplen eficazmente las funciones y tareas que se esperan de ellos, entonces los partidos tienden a afianzarse. En caso contrario, los partidos empiezan a vaciarse de contenidos y a diluirse sociológica y políticamente. De ahí que en nuestra época histórica también se haya producido —y aún continuará produciéndose— una evolución apreciable en los modelos de partido, acompasada al cambio sociohistórico y a las dinámicas de demandas ciudadanas.